

—Hasta cierto punto. Yo no lo pensaba de joven, porque no se sabía de Joaquín Edwards Bello en mi casa a pesar de que era primo hermano de mi padre, puesto que era hijo del hermano mayor de mi abuela. Descendía directamente de Andrés Bello por línea materna —era su bisnieto— y escribió un libro muy bonito sobre él llamado *El abuelo de piedra*. Pero en mi infancia yo no oía hablar de Joaquín salvo por parte de una tía suya, hermana de mi abuela, que era una mujer muy pequeñita con una nariz enorme, eso es lo que recuerdo de aquel tiempo, que siempre andaba con libros y hablaba de literatura, y me llevaba a mí a un rincón de la casa y me decía: «Tú sabes que tienes un tío escritor», y me mostraba las tapas de los libros de Joaquín Edwards Bello. Cuando se hablaba de él en la casa de mi abuelo nunca se decía solamente Joaquín, sino «el inútil de Joaquín». Recuerdo que cuando yo me puse a escribir me dije: «Estoy perdido». Quizás por eso la escritura fue para mí, en los comienzos, una cosa muy clandestina; yo no le contaba a nadie que estaba escribiendo, aunque algunos amigos míos lo sabían y leían mis textos. Así que algo influyó, indirectamente, mi tío Joaquín; me marcó en mi manera de ser frente a la vida literaria, en mi actitud reticente. Luego lo conocí personalmente, mucho después. Joaquín murió en 1968 en unas circunstancias muy extrañas: se suicidó a los 80 años de un tiro en la boca. Increíble, toda la historia de Joaquín es una historia dramática. Creo que él tenía una enorme conciencia de fracaso, de haber fracasado, y de que ser escritor en Chile era como una cosa imposible. Entonces rompió con todo, fue realmente un rebelde, un personaje bastante interesante. Curiosamente, hoy es muy seguido por los jóvenes chilenos, que leen sus crónicas y muestran interés por su vida. Valeria Sarmiento, la mujer de Raúl Ruiz, ha hecho recientemente una película que contiene muchas referencias a Edwards Bello. De modo que vuelve a tener vigencia.

—*En España se conoce poco la narrativa chilena actual, salvo la suya y la de José Donoso, que vienen de antes, la de Luis Sepúlveda, que vive un cierto auge, y la de Antonio Skármeta, que ha sido relanzado por el gran éxito de la película italiana El cartero de Neruda, basada en un texto suyo. ¿Cuál es su opinión sobre Donoso, Sepúlveda y Skármeta y cuáles son los escritores de la nueva generación que considera destacables?*

—Yo diría que el conocimiento que se tiene en España, y en Europa en general, de la literatura chilena y latinoamericana es bastante parcial, unilateral y a menudo injusto, porque se relaciona con el éxito editorial y no con otra cosa. Esos tres escritores son muy diferentes entre sí, y muy buenos los tres. Pepe Donoso fue un gran novelista, me parece a mí, un novelista de mucho registro, de mucha imaginación, que va a dejar una huella en la literatura chilena y que tiene discípulos y seguidores. Skármeta es un buen autor de prosas breves, de cuentos y de novelas breves,

es un escritor interesante, imaginativo, que está en plena creatividad. En cuanto a Sepúlveda, tiene el don de ofrecer a Europa la imagen que Europa siempre busca en el latinoamericano, de hombre primitivo, fruto de una naturaleza virgen, prodigiosa, ya sea del extremo sur del continente o de las selvas tropicales.

—¿Quiere decir que la repercusión que está teniendo Luis Sepúlveda en Europa se debe a que su literatura confirma la mitología que los europeos han elaborado acerca de Latinoamérica?

—En cierto modo. Al mito del buen salvaje agrega el elemento ecologista, tan actual. Pero debo dejar claro que se trata de un buen narrador, a mí me gusta. Me gustó su primera novela, *El viejo que leía novelas de amor*, sobre todo la última parte. Posee un estilo narrativo que luce especialmente en sus libros de viajes: *Patagonia Express* es interesante. Escribe con una especie de indolencia que los franceses llaman *nonchalance*; agarra un tema, escoge un personaje bastante curioso y no insiste demasiado con él, lo deja abandonado en el camino y sigue con otra historia, y lo hace bien, lo hace con gracia. Pero hay otros escritores en el Chile de hoy a quienes encuentro tan interesantes como Sepúlveda o Skármeta, hay una generación joven bastante creativa y talentosa, integrada por autores como Gonzalo Contreras, que tiene una muy bonita primera novela llamada *La ciudad anterior*, o Jaime Collyer, un buen cuentista que también ha escrito novelas, aunque yo prefiero sus cuentos. Otro novelista destacable es Arturo Fontaine; Diamela Eltit es una escritora experimental, difícil, dotada con una fuerza poética intensa: la considero una escritora bastante buena y una ensayista muy buena. En fin, hay todo un movimiento joven, desconocido en España, que me resulta interesante; empieza a ser conocido en Francia porque algunos de esos escritores han sido traducidos. Creo que si los españoles no se dan un poco de prisa los franceses conocerán antes a esta nueva generación.

—¿Son autores menores de 40 años?

—Andan alrededor de esa edad. Hay varios más, aparte de los que nombré. Acaba de salir una novela de Pablo Azocar y me han dicho que es muy buena. Conozco cuentos excelentes de Azocar, de modo que no me extrañaría que su novela sea destacable. Es curioso, Chile fue el país de los poetas y ahora es un país de narradores; esto también marca un cambio, que debe tener alguna motivación histórica, pero dejemos el asunto a los científicos sociales para que hagan sus lucubraciones.

—Por cierto, hablando de científicos sociales y estudiosos de la literatura, en su novela *El origen del mundo* emplea una ironía muy filosa en el tratamiento del personaje de un profesor suizo de teoría literaria, compañero de la japomexicana amante de Felipe Díaz. ¿Refleja esa iro-

*nía un cierto desdén hacia la sacralización de la crítica y de la teoría literarias que algunos creen observar?*

—Bueno, muchas veces yo leo a esos teóricos y algunos son muy buenos. Digamos que con la crítica literaria se ha hecho un género autónomo en los últimos tiempos, y cuando el crítico es además artista del lenguaje, como es el caso, en Francia, de Roland Barthes, se transforma en un creador *per se*, y cuando no lo es resulta acartonado y pesado. Lo que hay que tener muy claro es lo siguiente: con la literatura se pueden hacer toda clase de teorías, todo está permitido, pero en cambio no se puede hacer literatura con teorías. Es decir, se puede pasar de la literatura a la teoría; si la teoría es interesante la leemos y si no nos reímos o la desdeñamos. Ahora bien, lo que jamás se puede hacer es el camino inverso: con una teoría no se puede escribir una obra literaria, porque la literatura escapa a las teorías y discurre por otros cauces, que tienen que ver precisamente con elementos no controlables del espíritu humano, como esa memoria incontrolable que es la memoria profunda del autor.

*—Sin embargo, se han dado tránsitos inversos. El del semiólogo Umberto Eco es quizás el más popular, porque no sólo pasó de la teoría a la escritura de novelas sino que logró imponerlas como resonantes best-sellers.*

—Porque tuvo la astucia de escapar de la teoría. Reconozco que *El nombre de la rosa* me divirtió mucho, no así sus posteriores obras de ficción.

*—Las relaciones entre el intelectual y el político es un viejo y fértil tema de reflexión, del que usted se ocupa, por ejemplo, en Persona non grata. ¿No le parece que Mario Vargas Llosa, novelista convertido en candidato a presidente de su país, encarnó en este sentido un modelo típicamente decimonónico y latinoamericano, raro en esta época?*

—Es muy interesante lo que usted dice, porque como novelista, sobre todo en sus obras largas, Vargas Llosa era un novelista del siglo XIX, y a conciencia además. Él se sentía flaubertiano, balzaciano, incluso muy próximo a Alejandro Dumas. Yo veía a Mario como una prolongación literaria del siglo XIX con elementos experimentales del siglo XX. Y lo que es propio del XIX latinoamericano, por otra parte, es la confusión del propio intelectual con el papel del político, porque eran personajes fundacionales, digamos, que tenían que crear repúblicas en el vacío y cumplir con varias tareas a la vez. De modo que Vargas Llosa continúa esa tradición cuando quiere ser presidente de Perú. Creo que *Los cuadernos de don Rigoberto* es un libro que señala su regreso a la ficción pura y a lo lúdico de la literatura, lo cual me parece bastante saludable. Pero la tentación de la política ha sido frecuente también en los intelectuales europeos: recordemos a Balzac, que quería ser ministro de Relaciones Exteriores, a Stendhal, a Chateaubriand.

–*Edwards, su obra periodística, ¿interfiere o ayuda a su obra literaria?*

–El periodismo a mí me ha ayudado a soltarme con respecto al uso del lenguaje, a perderle respeto a la página en blanco, cosa que me costó mucho, y me hace organizar mis ideas sobre determinados fenómenos de la realidad. Me gusta escribir crónicas; están relacionadas con mi estilo como memorialista, y a veces narro una pequeña historia en una crónica y esa pequeña historia me sirve luego de base para un cuento.

–*Usted es un escritor viajero: fue diplomático, exiliado, diplomático otra vez. ¿Dónde está su casa?*

–Es una pregunta que me hago con mucha frecuencia, porque de tanto viajar llego a sentir que ya no soy de ninguna parte, lo que es grave. Pero básicamente soy ciudadano no de Santiago de Chile, que es una ciudad muy extendida, sino de un lugar muy preciso de la misma, del Cerro de Santa Lucía. Yo nací frente al Cerro y hasta los 27 años me lo pasé mirando al Cerro, y ahora vivo a un costado. Mi fidelidad patriótica está dedicada al Cerro de Santa Lucía, me preocupo de que el pavimento esté en buen estado, de que las luces funcionen... Fuera de eso soy de una región de la costa central de Chile que aparece transfigurada en *Los convidados de piedra*, y también me siento muy de España y muy de París. Padezco una enfermedad cuyo nombre fue inventado precisamente por Joaquín Edwards Bello, parisitis, que se me está quitando ya gracias al París nuevo.

–*En Persona non grata y Adiós, poeta... focaliza su interés en dos personajes, Fidel Castro y Pablo Neruda, por los que siente una distancia crítica, evidentemente, pero, por lo menos en el caso de Neruda, también admiración. ¿Por qué eligió a estos dos personajes? ¿Funcionaron de alguna manera literariamente en usted?*

–Fueron personajes que se ligaron a mi experiencia personal intensamente, y hasta dramáticamente, porque Fidel empezó a ser una imagen simbólica para toda mi generación antes del año 1959, en que triunfó su revolución. Yo viví fascinado escuchando a gente que venía de La Habana y describía a Castro con rasgos míticos. Después me tocó a mí viajar a La Habana como encargado de negocios chileno enviado por el presidente Allende para abrir la embajada de mi país en Cuba, tras la reanudación de las relaciones diplomáticas con ese país, y el mismo día de mi llegada conversé cuatro horas con Fidel. Luego volví a verlo varias veces durante la visita del buque escuela de la Marina chilena, el *Esmeralda*, y finalmente tuve una discusión con él como de cuatro horas cuando mandó encarcelar a mi amigo, el poeta Heberto Padilla. Entonces hice en *Persona non grata* un retrato literario y político de Castro con una visión crítica, aunque contenía quizás, en el momento en que lo escribí, un cierto ingrediente de admiración, del que estaría desprovisto si lo escribiese hoy.